

Entre cronomanía y cronofobia

Mijaíl Málishév*

* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México, México.

Un bicho pensante, como millones de sus congéneres, se arrastra sobre la superficie de la tierra desgarrándose, en su existencia lamentable, por la idea de que es un ser singular, y su autoconciencia acentúa todavía más su destino trágico.

La vejez es escuela de la sabiduría, y todavía más es la universidad de las desilusiones.

Hay tres formas de *cronocidio*: el sacrificio del escurridizo *ahora* en aras del *todavía* enigmático; la reverencia nostálgica ante el *ya* no existente a costa de ofrendar el *ahora* aburrido; y la disolución del amenazante *todavía* y el decrepito *ya* en el omnipresente *ahora*.

La vida humana es demasiado corta para aprender todo, y demasiado larga para morir y no comprender esta verdad.

Ya que el instante está aquí y después estará allá, no puedo apropiármelo, mientras que el espacio siempre está aquí y por eso es mío.

En su afán de alcanzar el nirvana budista, el creyente quisiera dejar de ser hombre para simplemente ser. Y en su aspiración a incorporarse al cielo cristiano, quisiera ser más que un hombre: un espíritu puro.

La esperanza es un instrumento inseguro de vivenciar el futuro; es un pronóstico del tiempo antes de que surgieran las observaciones meteorológicas.

La historia es maestra porque siempre examina, aunque no siempre explica bien sus lecciones.

La perplejidad es un híbrido entre un asombro extraño y una duda confusa, una especie del plasma mental que todavía no se encarnó en un cliché de juicio definitivo.

El pasado pertenece a los historiadores, el presente a los empresarios y el futuro a los sobrevivientes.

Cuando la vida no nos ofrece otra posibilidad más que simplemente vivir y observar las fechorías, nos convertimos en Hamlets y caemos en un estado de *cronopatía*.

El instante es un presente, por imagen y semejanza del cual se confecciona la eternidad.

La decepción nos hace sufrir y al mismo tiempo nos hace pensar que estamos libres de falsas ilusiones y que podremos mirar al mundo con los ojos deshechizados.

Crecer por crecer es un principio de la célula cancerígena y también de la civilización humana que ya muestra síntomas de "agonía del crecer".

En su aspiración a la felicidad, el enamorado quisiera detener el presente; en su afán de regresar al estado de inocencia, el culpable anhela anular lo que una vez fue hecho; y el desesperado deseará saltar a través del presente para alcanzar su meta lo más pronto posible. Así que la magia nunca desaparecerá de nuestra existencia.

El hombre se distingue de otros animales por la conciencia de su muerte, pero todavía más por su deseo de no morir.

A veces lo principal no es lo que lograste, sino qué precio pagaste por alcanzar lo anhelado y cuántas otras oportunidades perdiste.

Cómo el tiempo cambia el significado de los símbolos: hace cien años la panza representaba la riqueza de su poseedor, y ahora es un índice de mala alimentación o de diabetes.



Ilustración: Luisa Isabel López Salas



Ilustración: Luisa Isabel López Salas

La espera prolongada corroe y desespera: los suplicios de una promesa no cumplida destrazan los “nervios” de la esperanza.

Quien todavía no puede desempeñar bien un oficio, pero ya no quiere ser mal remunerado, si no es suficientemente paciente para resolver esta antinomia vital, se convertirá en demagogo.

Si la libertad es un presentimiento de alegría ante el abanico de posibilidades nacientes, entonces la liberación es un estallido de júbilo desbordante que todavía no sospecha los problemas que le acecharán en el futuro. ¡Bendita ilusión, que nos otorga una corta tregua placentera!

El destino es un jugador: arriesga, pierde y no se preocupa, ya que de antemano sabe que ganará, porque el futuro es su cómplice.

La impasibilidad, como arte de poner la brida en emociones, hace latir frenéticamente a millones de corazones impacientes de los espectadores, cuando su actor preferido en el último instante evade un golpe mortal o liquida a su perdido enemigo.

Cada generación es distinta: tiene una manera propia de causar aflicciones a sus padres.

Como roedor del tiempo, el tedio lo transforma en un cúmulo de instantes monótonos que la memoria arroja en el abismo del olvido.

El tiempo es cómplice de los villanos: diluyen las fechorías en la lejanía nebulosa y las colocan más allá del bien y del mal.

El cuerpo sano rechaza todos los subterfugios del espíritu al superar la idea de su cadáver.

Cuando un anciano dice que la vida vale la pena de ser vivida, nunca encontrará suficientes razones para confirmar lo dicho sin recurrir al sofisma.

El afán de vivir nos hace más fácil soportar la vida, y la vivencia de que somos singulares e irrepetibles nos ayuda a soportarnos.

La existencia de nuestros padres y abuelos forman una trinchera simbólica que “protege” nuestra vida y nos aleja de la muerte. Al convertirnos en huérfanos, ocupamos su trinchera y no corresponde proteger simbólicamente la vida de nuestros hijos y nietos.

La naturaleza inventó la vejez como una especie de “mediación” para suavizar el abismo infinito entre el ser y la nada.

A sus elegidos, la muerte no les hace sufrir en demasía e incluso les hace evocar las imágenes felices de su niñez, insinuando un posible parentesco entre antes de nacer y después de morir.

No esperar nada bueno es prepararnos a la desdicha antes de que acontezca; hacer templar la espera con posibilidades perplejas.

El futuro cercano es incierto, y el porvenir lejano es fúnebre, pues a todos nos tocará el mismo destino. Y sin embargo, el futuro cercano nos reconcilia con el lejano sin causar daño a nuestra insensatez vital.

La idea de eternidad: ¿no es una forma de expiación de la impotencia ante el poderío del instante irreversible?

Los vaivenes del azar introducen en nuestra vida muchas enmiendas: trastornan nuestras expectativas, desbaratan nuestras ambiciones y nos transforman de un pastor del ser a una simple oveja del rebaño humano.

Mi memoria es como un mago. Si examino un acto que he realizado hace unos minutos, esta acción me parece libre. Pero cuando más retrocedo en mis recuerdos tanto más dudosos me parecerán mis razonamientos acerca de la libertad de mi acto en el pasado. Si analizara este mismo acontecimiento un mes después y en otras condiciones, me será difícil pensar que este hecho hubiese podido no existir.

